

MAURO SEBASTIÁN VALLEJO, *NERVIOSOS Y NEURÓTICOS EN BUENOS AIRES (1880-1900). ENTRE MÉDICOS, BOTICARIOS Y MERCADERES*, BARCELONA/BUENOS AIRES: MIÑO Y DÁVILA EDITORES, 2021, 255 PP.

Este libro de Vallejo es una historia cultural de la medicina, en el cual a través de los cinco capítulos que contiene, con una retórica sencilla y rigurosidad metodológica, nos adentra en la vertiginosa terapéutica para los nervios o neurastenias ofertada a finales del siglo XIX en Buenos Aires, Argentina. También en ellos encontraremos información sobre el pensamiento médico acerca de estos desarreglos nerviosos.

En el primer capítulo, “Un bazar para las neurosis. Aceites, píldoras y medallones magnéticos”, el autor refiere las problemáticas que acarrea el descontrol con el que se ofertaban y se vendían los productos que eran publicitados como remedios para las enfermedades nerviosas que aquejaban a la población bonaerense de finales del siglo XIX. Por un lado, estas píldoras, aceites y medallones se vendían en todo tipo de establecimientos, pues la sociedad estaba ávida de una cura a precios módicos sin necesidad de la intervención médica. Por el otro, los médicos también las recetaban y enviaban a sus pacientes a que las obtuvieran en farmacias si es que ellos no tenían una a su cargo o de su propiedad. Había un amplio mercado para estas medicinas, pues las ofrecían desde médicos, “farmacéuticos, importadores, inventores, curanderos y vendedores ambulantes” (p. 22). Estos productos apelaban a un discurso que ofrecía un remedio para las enfermedades nerviosas con una total vaguedad, así que cualquier síntoma como la debilidad y el mal desarrollo en el individuo que leía dicha publicidad podía delatar un potencial comprador.

Era tan grande el mercado de productos que diversos personajes podían obtener ganancias de estos; los boticarios en primer lugar, pero también los regentes que eran farmacéuticos que estaban al frente de una farmacia o botica de la cual no eran dueños y, además de los anteriores estaban los falsificadores que imitaban un producto. Por todo lo anterior, los médicos se quejaban ante las autoridades sanitarias. Sin embargo, como lo apunta el autor, no se crea que todos estos personajes actuaban a espaldas de las autoridades, ya que en muchas ocasiones tenían sus permisos en regla para poder operar, así como también hubo médicos que entraron plenamente al negocio utilizando diferentes estrategias para ganar y retener clientela.

El segundo capítulo, “Duchas, poleas y pedicuros en los institutos médicos”, refiere a la proliferación de los negocios de la salud como los institutos que se abrieron para ofrecer alternativas a todos aquellos nerviosos o neurasténicos que se veían reflejados en las publicidades de la prensa. El autor ad-

vierte que estos institutos, al ser ostentosos, estaban destinados a recibir a una clientela de recursos económicos holgados. En ellos se ofrecía una atención personalizada por el médico, además de brindar una variedad de terapias como la metaloterapia o magnetoterapia, y otros tratamientos como la inyección de extractos orgánicos de testículos de mamíferos triturados (perros y carneros) para todos los nerviosos o insomnes. A la par, se abrieron establecimientos hidroterápicos y electroterápicos para restaurar al cuerpo enfermo de los neuróticos, histéricos y epilépticos. También se ofrecía la aeroterapia y la atmiatría con máquinas o aparatos, y con algunos de estos también se proporcionaban ejercicios gimnásticos (gimnasia mecánica). También se dio la entrada de las aguas azoadas como terapia, ofrecidas dentro de los establecimientos que anunciaban otros servicios terapéuticos.

En el tercer capítulo, “Charlatanes profesionales, liberales y gitanos”, Vallejo se adentra en el gran problema que enfrentaban los médicos del siglo XIX respecto a aquellos que se ostentaban como galenos sin serlo, de los cuales había una diversidad como los charlatanes, los gitanos, los pilotos de enfermos y el prestamista usurero. Esto sin duda era un problema que los médicos profesionales trataron de combatir; sin embargo, el problema iba más allá de la división entre médicos profesionales y charlatanes, pues no era tan sencillo distinguir a los médicos de “ala ancha” de los que no tenían un diploma, ni tampoco diferenciar entre los consultorios y los meros negocios, ni entre los lugares legales e ilegales, porque los mismos médicos tomaron parte de la ilegalidad al asociarse en muchas ocasiones con los que no tenían estudios avalados por las instituciones, ya fueran curanderos o charlatanes, ya que la clientela que ellos tenían era muy superior a la que acudía a los médicos profesionales. Aunados a los médicos charlatanes, también los médicos extranjeros eran considerados como una competencia desleal para los locales, porque “portaban títulos falsificados, se negaban a adecuarse a las regulaciones locales, en su desmedido afán de lucro eran capaces de plantear condiciones inhumanas de competencia” (p. 133).

La proliferación de medicamentos y de institutos para la salud que se abordaron en los dos capítulos anteriores dan pie a que en este se plan-

teen ciertas problemáticas que nunca se presentan en blanco y negro, sino con muchos matices, pues, como el mismo autor asevera, “cada ofertado portaba imaginarios, vocabularios, representaciones sobre el propio cuerpo, sobre sus partes o sus fallas” (p. 127). Con esto en mente, los médicos profesionales y toda clase de sujetos que ofrecían sus servicios de sanación, entre los que se encontraban los charlatanes y los llamados gitanos, posicionaron los desarreglos nerviosos como urgentes de atenderse en una población ya permeada con ese discurso. Era tan difusa la definición de estas dolencias nerviosas que cualquier síntoma podría encajar en ella para que un individuo considerara que las portaba. Esta indefinición provocaba que hubiera tantos y tantos medicamentos, así como tantos y tantos individuos que ofrecieran servicios para curarlas.

El cuarto capítulo, “Las neurosis en las cabezas de los doctores”, aborda la forma en que poco a poco se fue estableciendo un lugar para la neurastenia en la literatura galénica. Pedro Roberts fue uno de los médicos que trató de descifrarla, pensando en ella como “debilidad”. Mientras la medicina occidental había acotado la definición de las neurosis en 1885, Inocencio Torino al considerar que las neurosis no portan una base orgánica, por lo tanto, plantea que la etiología podría ser la herencia. Carlos Díaz, por su parte, consideraba que el nerviosismo era “una neurosis general, caracterizada por alteraciones funcionales de la sensibilidad, la inteligencia, la motilidad y de los órganos internos” (p. 159). Claramente Díaz consideró que el nerviosismo era producto de una dispepsia, derivada de la alteración de los órganos digestivos. A su vez, Silverio Domínguez planteaba que los trastornos digestivos, la enteritis eran enteramente nerviosas, que para su curación eran adecuados los antiespasmódicos. No obstante que la dispepsia fue planteada por muchos médicos como una alteración nerviosa, algunos no estaban de acuerdo y pugnaban para que desapareciera del vocabulario nosológico, como fue el caso del joven médico Lorenzo Martínez.

Por otro lado, surgieron teorías que tenían como fundamento que la vida moderna de las grandes ciudades era la que producía los desarreglos nerviosos. Así es como al final del siglo XIX entró en escena la neurastenia en varios sujetos clasificados con ese padecimiento causando desacoplamiento

como lo menciona Vallejo, pues, por un lado, se habla de forma constante de enfermos de neurastenia y, por otra parte, en la literatura médica son muy poco frecuentes los casos clínicos enunciados en ella. Otro desacoplamiento fue la situación en la que se encontraban los galenos, pues eran muy escasos comparados con toda la diversidad de medicinas y remedios ofrecidos para los padecimientos nerviosos de los que el autor mencionó en los capítulos primero y segundo.

El último capítulo está destinado a “Ramos Mejía y la anti-neurosis de un hombre célebre”, médico que ha estado presente en todos los anteriores capítulos por ser el fundador del *Círculo Médico Argentino*, y por ser quien introdujo las neurosis en el discurso científico de finales del siglo XIX. Este médico es muy importante, pues se reconoce su especialización en el terreno de las neurosis a través de su primer libro *Las neurosis de los hombres célebres*, obra en la que de forma sistemática las describió. En su texto, José María Ramos Mejía entendió la neurosis como “una enfermedad apirética (sin fiebre) y caracterizada por la falta de una lesión material”, a lo cual advierte Vallejo que, para ese momento en Europa ya esa concepción se había abandonado por los neurólogos. Realmente la forma de definir la neurosis por parte de Ramos Mejía fue poco consistente, pues en ellas reunió desde las manías y la epilepsia hasta las coreas. Para él los neuróticos no estaban “en el goce pleno de sus facultades”, pero tampoco los caracterizaba como locos o delirantes como para estar en el manicomio. Estas características las funda en dos teorías como el localizacionismo cerebral y el hereditarismo. También hay otra caracterización que realiza Ramos Mejía sobre las neurosis en donde hay un oscuro afecto o sensación como el irracional temor a los truenos que padecían algunos políticos argentinos. Vallejo asevera que, aunque Mejía Ramos haya popularizado el término de neurosis, no tiene nada que ver con los trastornos nerviosos que describen las páginas publicitarias de la prensa.

El libro de Vallejo es un texto que se lee de manera sencilla, pues, aunque no está exento de vocabulario especializado sobre los diversos tópicos que son abordados en la historia de la medicina, el autor logra que el lector se engarce en lo interesante de escudriñar un Buenos Aires en una época de finales del siglo XIX. El libro estructuralmente se divide en cinco capítulos, sin embargo, considero que puede ponerse una línea divisoria imaginaria entre ellos. Por un lado, en los que se habla sobre las terapéuticas y medicamentos y, por otro, los que son sobre los médicos y lo que pensaban sobre los problemas nerviosos. Otro rasgo interesante es el empeño creativo del autor para describir metafóricamente su índice, lo cual hace que el lector se interese por descifrar el contenido de esos títulos de los capítulos y de los subapartados tan sugerentes.

Historiográficamente, el texto se construye con una gran variedad de fuentes, publicidad y artículos de periódicos, revistas médicas, tesis, programas de cursos, expedientes académicos, literatura, imágenes gráficas de los productos de la época del periodo analizado, así como de un amplio abanico de bibliografía especializada para contextualizarlo, lo cual hace que se coloque como un referente para otras investigaciones sobre la temática. Indiscutiblemente, el libro tiene una relevancia cardinal para el conocimiento de la historia de la medicina y de las enfermedades mentales y neurológicas, en la medida en que ofrece una mirada de conjunto necesaria para seguir fomentando el desarrollo de las investigaciones sobre estas temáticas.

Graciela Velázquez Delgado  
*Universidad de Guanajuato*  
ORCID: 0000-0001-7997-8658  
gracevd@gmail.com